

mentaron el consejo y los ciudadanos, y en seguida se pusieron en marcha precediendo al príncipe y dirigiéndose hacia la ciudad. Llegados á la puerta de San Leonardo, le presentaron las llaves de la ciudad, y antes de tomarlas, Fernando pronunció en voz alta el juramento instituido por los estatutos y que garantizaba los privilegios de los liejeses.

Cerca de San Jorge encontró la comitiva un teatro ricamente adornado, donde había músicos que cantaban en loor del príncipe. Una doncella estaba allí de pie con una noble y rica vestimenta: esta joven representaba la cité de Lieja. Al ver al obispo, se deslizó por un alambre invisible y en cuanto llegó á los pies de Fernando, le presentó un ramo de flores de lis y le dijo estos versos:

Príncipe grande de antigua nobleza,  
príncipe grande de gran gentileza,  
de dónde nos viene tan fausta ventura,  
por qué nuestra dicha raya á tanta altura,  
que dentro los muros de tu pobre Lieja,  
te vienes y sientas tu silla bermeja,  
dejando gustoso tu pingüe ducado,  
renuncia habiendo hecho de tu arzobispado?  
No tengo ¡ay príncipe! buen alojamiento,  
que pueda probarte mi agradecimiento  
por tan generoso y leal beneficio,  
mas sabes que adicto te adora ferviente,  
en torno á tu silla un pueblo valiente,  
que diera su vida por ti en sacrificio (4).

Recitados estos versos con gran aplauso de los señores que acompañaban al obispo y de los ciudadanos de la población, continuó la comitiva su marcha hacia la plaza del Mercado, donde se habían construido muchos teatros, y en los que se representaban misterios. Al lado de estos teatros se habían encendido tres grandes hogueras, y junto á estas hogueras se levantaban tres pirámides adornadas con guirnaldas con los colores de la casa de Baviera.

En cuanto llegó á la catedral, desmontó el príncipe, sacó de una bolsa que le presentaba su tesorero, y á medida que subía los escalones de San Lamberto, donde le esperaba el cabildo, muchos puñados de oro, que arrojó al pueblo, y habiendo dado acciones de gracias al Señor, hizo Fernando su entrada episcopal, y asistió al espléndido banquete que le habían preparado. Hasta la media noche no se dispersó el pueblo; mas al dispersarse, todavía hacia resonar el aire con aclamaciones de alegría y votos de prosperidad.

Seguramente debía creerse que después de semejantes demostraciones hechas por ambas partes, todo marcharía perfectamente entre el obispo y los liejeses, mas no fué así; los obispos cambiaban, las generaciones cedían el puesto á otras generaciones, pero los intereses quedaban siempre los mismos, y las revoluciones volvían á aparecer.

(4) Se recordará que almuerzo en casa del señor Polain. El es quien narra; yo aprovecho el tiempo perdido devorando un jamon de Mayenna, y bebiendo una vez un vaso de Bramberger, ya un vaso de Lieb fraumielk.

Sin embargo, habianse ya pasado muchos años en medio de las murmuraciones, recriminaciones y quejas, pero sin producir colisiones armadas. Verdad es que el día de Santiago se aproximaba y que todo hacia presumir que la eleccion seria tumultuosa.

Aquella prevision no erraba: los Treinta y Dos, así era como se llamaba á los electores por su número, los treinta y dos acababan de elegir burgomaestres á Raës de Chokier y Miguel de Selys; mas en el momento en que el heraldo proclamó estos dos nombres, los ciudadanos que estaban reunidos armados en la plaza y que esperaban á otros dos, dejaron oír tales murmullos y fueron seguidos de tan grandes voces, que todos comprendieron, aun el mismo obispo, que habia llegado el momento supremo. En medio de todos aquellos rumores, el nombre de Beckmaun incesantemente repetido, indicaba que sobre este era sobre quien recaía la mayoría popular. Pero el poder no podia ceder así á una simple demostracion: por tanto el pueblo no paró en los gritos. Inmediatamente los ciudadanos derriban los guardias de los Diez y se precipitan hacia el sitio donde se verificaba el escrutinio. En aquel momento se hace un disparo de las ventanas del Ayuntamiento, el cual felizmente no hiere á nadie; mas sin embargo, se habia hecho una demostracion hostil: los fusiles cargados se dirigen al Ayuntamiento. De repente el gran dean de la catedral aparece en el balcon del Ayuntamiento:

—Ciudadanos, esclama, estendiendo las manos hacia el pueblo en señal de paz, la eleccion debe ser la expresion de los deseos de todos. Si somos engañados, decidlo, y elegiremos los burgomaestres de vuestra voluntad. ¿A quién quereis?

—A Beckmaun y Saud, responden todas las voces y al punto son proclamados estos dos nombres.

Ciertamente aquella vez la voz del pueblo era en realidad la voz de Dios. Guillermo Beckmaun señor de Bieux-Sart era á la vez un hombre de altas cualidades y gran saber: desde 1608 habia sido ya nombrado cinco veces burgomaestre. Además de esto, durante el reinado de Hernesto de Baviera habia estado encargado de muchas misiones cerca de los Estados Generales y en la corte de Enrique IV. Durante esta larga vida de diplomático y político habia aprendido especialmente á conocer los hombres; así Fernando de Baviera no le habia engañado ni por un momento, y desde el principio habia prevenido al pueblo de sus proyectos liberticidas. Adivinase, pues, que llegado al poder no tardó la lucha en empeñarse entre el obispo y el elegido del pueblo: mas contra este último todo se estrelló, amenazas y promesas: era el hombre de Horacio: las ruinas del mundo podian sepultarlo, pero no conmovierlos.

Un hombre semejante hacia inespugnable

la plaza. Así, después de haber intentado todo, se ensayó el veneno.

Pero se habian guardado bien de dar á Beckmaun uno de esos venenos sutiles, uno de esos venenos á lo Médicis que mataban como el rayo simplemente con gustarlo ó respirarlo. No, se habia preparado uno de esos venenos á lo Borgia, como el que dió el papa Alejandro VI á Gem y al obispo de Cosenza; uno de esos venenos que hacen blanquear los cabellos y encorban lentamente los miembros, que paralizan el cuerpo muy paulatinamente, de modo que cada día vais entrando una pulgada en la tumba; uno de esos venenos que os dejan la voz para lamentaros y los ojos para veros morir. Así, que casi por espacio de un año Beckmaun estuvo paralizado de su pierna y después de sus brazos; los ciudadanos le llevaban en litera al Consejo y á las asambleas. Y allí, aquella boca moribunda se abria aun, no para hablar de sus padecimientos sino para los de sus compatriotas. En fin, aquel cuerpo empobrecido que se habia eternizado todo lo que pudo para hacer la felicidad de su patria, devolvió su alma á Dios y su polvo á la tierra. Pero su estatua, construida á espensas de todos, se erigió en medio del Mercado.

Sebastian Larnelle, su amigo y émulo le sucedió.

—¿Sebastian Larnelle, aquel que fué asesinado tan trágicamente en el banquete de Warfusée? pregunté yo.

—El mismo, me respondió el señor de Polain.

—Referidme entonces la historia de Sebastian Larnelle; si os agrada.

—Héla aquí.

Es el señor Polain quien continua hablando.

## EL BANQUETE DE WARFUSÉE.

Algun tiempo antes de la muerte de Beckmaun, y por consecuencia antes que Larnelle fuese burgomaestre, un extranjero habia ido á buscar asilo á la ciudad de Lieja; muchos rumores habian corrido acerca de él, porque era un noble señor llamado el conde René de Warfusée, que habia sido ministro de Hacienda de Felipe IV en los Países Bajos. Unos decían que habia dilapidado odiosamente los fondos que le habian sido confiados, arruinando las rentas del Estado, y empeñado las alhajas de la corona, de modo que se habia visto obligado á abandonar de noche á Bruselas, donde después de su partida habia sido ejecutado en efigie. Decían otros que tenian ante sí una de esas grandes víctimas del odio de los

poderosos, y en lugar de ver en Warfusée un culpable, le miraban como un mártir.

Sebastian Larnelle era del número de estos últimos: habiendo tenido sin cesar que luchar contra los grandes, sabia cuán obediente les estaba la calumnia, y no era de los que habian insistido menos para que, á pesar de las reclamaciones de Felipe IV, se mantuviese el derecho de asilo en favor del conde René de Warfusée.

Warfusée calculó que el emperador seria un excelente intermediario entre él y Felipe IV, y que si conseguia desembarazar á Fernando de su enemigo, Fernando no tendria por su parte nada que negarle.

En consecuencia, escribe á Fernando de Baviera que se tramaba un gran complot para entregar á los franceses la ciudad y el país de Lieja, y que los gefes de ese complot eran Sebastian Larnelle y el abate Mouzon, embajador de Luis XIII cerca de la buena ciudad. Fernando nada cree, pero no tiene necesidad de creer; un asesinato es siempre un asesinato aun cometido por un obispo; alguna vez le ha pesado el de Beckmaun, y aprecia tanto como otro su parte en el de Larnelle. Envía, pues, á René de Warfusée un antiguo fraile secularizado, llamado Grandmont, á quien ha hecho capitán de sus guardias: Grandmont lleva á Warfusée plenos poderes de Fernando. Estos dos hombres debian entenderse: el uno habia renegado del honor, el otro habia renegado de Dios.

El 12 de abril de 1637, Sebastian Larnelle recibió una invitacion para que fuese á comer á casa de René de Warfusée; aceptó. A esta comida estaba invitado tambien el abate Mouzon, embajador de Francia, el baron de Saisan y algunas otras personas.

Muchos amigos del burgomaestre, que veian con dolor la union de un hombre de crédito tan puro con otro de quien habia corrido tan fatal acusacion, intentaron convencer á Larnelle de que no fuese á aquella comida; y aun llegaron hasta hablarle de una traicion posible. Se habia visto á Grandmont entrar en casa del conde, y le habian visto salir; se le conocia por la espada, ó mas bien, por el puñal de Fernando. Intentaron, pues, intimidar al burgomaestre con sospechas y presagios, pero era hombre de alma firme, que no creía mas que en el honor humano y en la justicia divina; así que recibió con sonrisa todo lo que le espusieron, y el sol del 16 de abril, sol de primavera, lleno de calor y de vida, salió sin que le hubiesen podido hacer cambiar de resolucion.

A la hora de comer, el conde de Warfusée envió su carruaje al burgomaestre; mas éste, queriendo aprovechar tan hermoso día, salió á pie, acompañado de dos hombres de su guardia; uno de ellos dejó á su amo á la puerta de la casa, el otro entró con él: el que entró se llamaba Jasper.

El conde René de Warfusée estaba sentado en el patio de su casa, bajo una estensa galería que le circunía. Al ver al burgomaestre, iluminó su rostro, ordinariamente sombrío, un rayo de alegría; después, adelantándose hacia Larnelle, le abrazó, como tenían entonces costumbre de hacer los amigos, aun después de una corta ausencia. Por lo demás, era esta una costumbre antigua. Cuando Judas abrazó á Josus, aun no había dos horas que le había vendido.

En seguida, volviéndose hacia el guardia del burgomaestre:

—¡Oh! ¡oh! estás aquí, Jasper, le dijo; siempre fiel á tu amo.

Jasper se inclinó.

—Comida excelente harás hoy, camarada, porque creo que no economizarás los brindis á nuestro burgomaestre.

Jasper se inclinó segunda vez en señal de asentimiento, porque Jasper jamás se negaba á beber; pero bebía dos veces mas cuando lo hacia á la salud de Larnelle.

Después del burgomaestre, llegaron sucesivamente los canónigos Nyes y Kerkhem, el abogado Marchand, el chantre de la iglesia de San Juan, el abate Mouzon, el baron de Saisans, y en fin, la señora de Saisans y su hijo, que no tenía mas que nueve años.

Habíase colocado la mesa en una sala baja que tenía ventanas estrechas y con rejas; los criados esperaban en la habitación inmediata antes del comedor con tohallas, aguamaniles y jarrones. Fuéronse lavando todos los convidados, y en seguida entraron en el comedor. Warfusée se sentó de modo que tuviera la puerta tras de sí, á su izquierda al abogado Marchand y á su derecha á la señora de Saisans. Larnelle y el abate Mouzon se sentaron frente á él; los demás convidados ocuparon puesto segun su capricho, su posición, ó en fin, la opinión que de sí mismos tenían. Jasper permaneció en pie detrás de su amo.

La comida era abundante y rica en vinos estrangeros y en manjares estraños, como es propio de un señor que trata á tan nobles huéspedes. Al fin del primer servicio, el conde mandó llevar copas; después, habiendo llenado tantas como convidados había:

—¡A la salud del rey de Francia! dijo volviéndose al abate Mouzon, quien respondió á su cortesía con un saludo, bebiéndose cada uno su vaso á la salud de Luis XIII.

Momentos después que los convidados habían correspondido á su anfitrión, un ayuda de cámara de toda la confianza del conde, llamado Goberto, entró en el salon, y se acercó á hablarle al oído. Lo que iba á decirle era que los soldados de la guarnición española, de quienes necesitaba para consumir el asesinato, habían llegado de Navagne, habían encontrado en la ribera de Benjard el barco que tenía orden de esperarlos, y acababan de introducirse en la casa por una puertecita que

daba al rio. Goberto tenía seguridad de lo que decía; porque era él mismo quien había abierto aquella puerta y la había cerrado después que hubieron entrado por ella. Cuando acababa de decir estas palabras, un hombre de elevada estatura, vestido con un jubon de mangas anchas de terciopelo, y con la espada desnuda en la mano, apareció en el dintel, se aproximó á Warfusée, y tocándole en el hombro con su dedo:

—Héme aquí, dijo.

Warfusée se volvió y reconoció á Grandmout, los convidados reconocieron también al antiguo fraile secularizado, y esta aparición no les presagió nada bueno.

—¿Dónde están vuestros hombres? preguntó Warfusée.

—Detrás de mí.

—Entonces, hacedlos entrar.

Grandmout hizo una seña, y unos veinte soldados se lanzaron en el comedor, rodeando á los convidados, mientras que otros aparecían en las ventanas y los amenazaban á través de las barras.

—¿Qué es esto, señores? exclamó Larnelle admirado poniéndose de pie en su sitio, ¿qué significan esos hombres?

—Estos hombres significan, respondió riendo Warfusée, que habeis bebido hace un momento á la salud del rey de Francia, y que ahora vais á beber á la de S. M. el emperador y de S. A. el principe de Licja. Y como nadie respondiése:

—¡Ah! ¡hé ahí como correspondéis á mi brindis! continuó. Entonces, señalando á Jasper:

—Echad mano á ese bravo, dijo. Los soldados obedecieron.

—Está bien.

—Ahora continuó, haced lo mismo con el burgomaestre.

—¿Cómo! ¿yo también, monseñor? exclamó Larnelle.

—Sí, á tí, dijo el conde Warfusée; á tí y al abate de Mouzon y al señor de Saisans.

—¿Dónde está el abate Mouzon? preguntó Grandmout que no le conocía.

—Héme aquí, dijo el abate con voz firme y levantándose. Mas vos responderéis al rey mi señor, no solo de lo que se me haga á mí, sino de lo que se hiciere al último de los convidados con quienes tengo el honor de encontrarme, aun á este niño, añadió dirigiendo su mano hacia el hijo del señor de Saisans.

—Está bien, está bien, dijo Warfusée, yo sé lo que tengo que hacer. Entonces hizo seña de que condujesen fuera del salon á Jasper y Larnelle; en seguida, cuando estuvo ejecutada esta orden.

—Señores, continuó, sabreis que he hecho todo esto por orden de S. M. I. y de S. A. el principe Fernando; por bastante tiempo han sufrido los desórdenes que se cometen en esta ciudad á instigación del insensible á

quien acabo de hacer prender. Los liejeses son caballos desbocados, y haré de tal modo, que volverán por su propia voluntad á obedecer á la brida, aunque por premio de mis esfuerzos viese perecer á mi hijo, que es prisionero del rey de Francia.

Dichas estas palabras salió seguido del abogado Marchand, del canónigo Litermaus y del capitán Grandmont dejando á los prisioneros bajo la custodia de los soldados. En cuanto llegó al patio vió á Larnelle al que tenían sujeto por el cuello cuatro ó cinco españoles.

—¡Ah traidor! exclamó dirigiéndose á él y amenazándole con el puño, al fin te arrancaré hoy del pecho el corazón.

—¿Y en qué os he ofendido yo, caballero? preguntó Larnelle con la mayor calma. ¿Me habeis convidado á comer con vos para asesinarme? Pues eso es infame.

—¡Cuerdas, cuerdas! exclamó Warfusée; ¡cuerdas! que le aten.

No se encontraban cuerdas y un soldado dió sus ligas.

El mismo Warfusée se puso á atarle apretando las muñecas del burgomaestre hasta hacerle saltar la sangre.

—Señor conde, exclamó de nuevo Larnelle mientras le ataban, en nombre del cielo os suplico me digais que es lo que os he hecho.

Pero Warfusée continuaba su tarea sin responderle, y cuando hubo concluido:

—Ahora, dijo, pide á Dios merced porque vas á morir; dirigiéndose en seguida á Goberto, corre á buscar un fraile para que le confiese, le dijo en voz baja, y vuelve inmediatamente. Y dirigiéndose á los españoles, los mandó condujesen á Larnelle á un salon del piso bajo, lo que ejecutaron al punto.

Warfusée continuó paseándose por el patio con el abogado Marchand, quien temblando por sí mismo, le hacia no obstante algunas observaciones á las que no respondía sino presentándole cartas del emperador y del conde Fernando, en las cuales probablemente se le ordenaba la muerte de Larnelle. Cuando estaban en esta discusión, volvió el ayuda de cámara con dos religiosos dominicos: él mismo fué á la puerta, y les abrió.

—Padres míos, les dijo, el burgomaestre Larnelle está allí; os suplico vayais á confesarle, porque va á morir por orden de S. M. I.

—¡Confesar al burgomaestre, monseñor! Nos es imposible, respondió uno de los frailes: no hemos recibido poder ni permiso de nuestro superior.

—¡Pues bien! Entonces exclamó Warfusée, morirá sin confesion, eso es todo: ¡que le maten!

Entonces los dos frailes, Marchand y el canónigo exclamaron á una voz:

—¡Monseñor! ¡Monseñor! ¡En nombre del cielo! ¡Gracia para el burgomaestre!

Mas Warfusée sin escucharlos, y como un

hombre presa del delirio, repitió de nuevo ¡que le maten!...

—Monseñor, dijo el abogado Marchand, si no es por él que sea por vos: Larnelle es muy querido del pueblo y pudiera sucederos alguna desgracia.

Pero Warfusée sin darle oídos: continuó gritando como un insensato: ¡que le maten! Tanto, que los convidados le oían desde el salon donde estaban.

Entonces Grandmont, aproximándose por última vez al conde y tan tranquilo como éste estaba exasperado,

—¿Es efectivamente vuestra voluntad que muera monseñor? le dijo.

—¡Que le maten! ¡que le maten! volvió á repetir Warfusée.

—Está bien, repuso Grandmont, é inclinándose se entró en la casa y fué á transmitir la orden del conde al soldado que custodiaba el cuarto de Larnelle: entonces el soldado entró en el salon y aproximándose á Larnelle:

—Señor burgomaestre, dijo el soldado, ¡por orden del conde es preciso morir!

—¡Oh! exclamó Larnelle levantando al cielo sus manos atadas: hé aquí la recompensa de los servicios que le he prestado: amigos míos, les dijo, vosotros podriais salvarme.

—¡Ay! replicaron los guardias, nosotros no somos mas que pobres soldados, señor burgomaestre; nuestras armas pertenecen al que nos las ha dado, y cuando manda herir, herir nos es preciso.

—Pero, replicó Larnelle, ¿tendriais acaso bastante corazón para herir á un hombre sin defensa, que tiene las manos atadas y que no ha cometido ningun crimen?

Los soldados se miraron vacilando, y en seguida uno de ellos, moviendo la cabeza:

—Señor burgomaestre, le dijo, tenemos que obedecer á nuestros gefes; ¡pluguiese á Dios estuviéseis lejos de aquí!

—Despachad, gritó Warfusée, que concluya esto.

—Al menos, ¿no me será permitido confesarme? preguntó Larnelle.

—Han hecho venir á dos frailes, respondió un soldado; es posible que sean para vos.

—Amigo mio, dijo Larnelle, id á verlos, os lo suplico.

Habia tal acento de bondad y resignacion en la voz de Larnelle, que un soldado bajó al punto y volvió á subir momentos después con uno de los frailes.

—¡Ah! señor burgomaestre, dijo el fraile entrando, ¡qué horrible catástrofe!

—¿Me es preciso, pues, morir, padre mio? preguntó Larnelle; ved al menos al conde y tentad el último esfuerzo.

—¡Oh! con toda mi voluntad, dijo el fraile.

Y bajó precipitadamente, y fué á ver al conde; pero no pudo sacar de él mas que estas palabras:

—El señor Sebastian Larnelle nos ayudará

hoy á reconciliar á los ciudadanos con el príncipe.

El fraile se arrojó á sus pies y le suplicó por todos los santos, pero Warfusée permaneció inflexible.

Volvió el fraile á la prision y presentando un pequeño crucifijo á Larnelle:

—Pensad en Dios, le dijo, señor burgomaestre, porque solo Dios puede socorrerlos en este momento.

—¡Ay! ¡ay! dijo Larnelle, cuando me quedaban aun tantas cosas que hacer para la felicidad de mis conciudadanos! Será preciso, pues, que muera miserablemente aquí.

Dichas estas palabras se puso de rodillas y comenzó su confesion: era esta la de una alma pura, cuya vida entera se había consagrado al bien; así, cuando el fraile le dió la absolucion, era el fraile el que lloraba.

Larnelle abrazó al buen dominico, y éste salió.

Designáronse inmediatamente tres soldados para matar al burgomaestre; mas viendo que permanecían en su sitio:

—¡Y bien! les dijo el conde, ¿no habeis oido?

—Si tal, respondió uno de los soldados; si tal, monseñor, pero es que mejor querriamos morir nosotros que matar á un hombre que no nos ha hecho nada!

—Goberto, exclamó el conde volviéndose hácia el ayuda de cámara, no hay nadie mas que tú que me infunda confianza. ¡Ve!

—Monseñor, respondió Goberto moviendo la cabeza, encargad á otro esa tarea, yo no soy un verdugo.

—¡Oh! ¡Pardiez! dijo Grandmont; ¡tanto escrupulo para semejante bagatela!

Y encogiéndose de hombros fué á elegir entre los demas soldados tres hombres de su confianza, y volviendo junto al conde:

—Ved aquí, monseñor, tres hombres como los que necesitais.

Entonces Warfusée sumamente alegre los condujo hasta la puerta de la habitación donde estaba encerrado Larnelle; allí les dió un bolsillo lleno de oro, que los soldados repartieron entre sí. Larnelle oyó el ruido de aquel oro y comprendió que era preciso resignarse á morir puesto que su muerte estaba pagada.

Grandmont abrió la puerta, y los tres soldados, entrando como furiosos, se precipitaron sobre Larnelle, y casi al mismo tiempo le hirieron con cuatro cuchilladas; mas las heridas estaban hechas con sablecitos cortos con los que adelantaban poco, y como les importunaban los gritos del desventurado burgomaestre á quien no podían rematar,

—¡Pardiez! dijo uno de ellos, jamás concluiremos con semejantes armas; necesitamos una buena espada.

Grandmont les prestó la suya, y al segundo golpe de aquella espada, que recibió en el pecho, espiró Larnelle.

Los otros convidados continuaban con guardias de vista en el comedor; de repente oyeron las blasfemias de los soldados y los moribundos gritos de Larnelle.

—¡Ah! El traidor, exclamó el abate Mouzon, hace asesinar al burgomaestre.

En aquel momento entraron los dos frailes y confirmaron aquella triste nueva; iban seguidos de Warfusée.

—Si, dijo el conde á los convidados estupefactos, si, señores, el burgomaestre ha muerto, ha muerto confesado y arrepentido de sus culpas; ha muerto despues de haber resignado su voluntad en manos de Dios y pedido perdón al emperador y á S. A.

—¡Mientes! exclamó el señor de Mouzon, el burgomaestre podia morir sin pedir perdón á nadie; solo un malvado como tú pedirá perdón cuando te llegue tu día; pero no él.

Iba á replicar Warfusée, cuando Grandmont le tocó en el hombro y le dijo algunas palabras en voz baja. Al oír aquellas palabras, palideció el conde y se retiró precipitadamente con Grandmont; á los cortos momentos volvió Grandmont y llamó al canónigo Kerkhem y al canónigo Nyes; ambos salieron dejando á los demas convidados ignorando como ellos por qué eran llamados.

Lo que había ido á decir Grandmont al conde era que comenzaba á manifestarse en la ciudad cierta agitacion; y en efecto, se había esparcido el rumor de que soldados españoles (y el pueblo tenía una eterna desconfianza en estos extranjeros) habían atravesado el Mosa por detrás de San Juan y los habían visto entrar por una puerta escusada en la casa de Warfusée.

Y como uno de los parientes del burgomaestre, que se encontraba en el grupo donde se conversaba de aquel acontecimiento, recordó que aquel día comia Larnelle en casa del conde, y hubiese calculado que aquellos soldados pudieran muy bien haber sido llamados por él para apoderarse de Larnelle, comunicó sus sospechas á los que le rodeaban; aquellos á quienes se dirigia, participando de sus temores, corrieron inmediatamente con él á la plaza de San Juan, donde estaba situada la casa y donde hacia algun rato se oía un gran tumulto en el interior. Encontraron allí cierto número de ciudadanos que se preguntaban de donde podría proceder aquel ruido; este era un nuevo indicio de que pasaban en aquella casa sospechosas cosas extraordinarias; por tanto el primo de Larnelle se puso al punto á llamar con todas sus fuerzas. Al oír cómo resonaba el llamador, el mismo Grandmont corrió á la puerta y preguntó á través de la mirilla qué querian.

—Queremos saber, respondió el primo de Larnelle, sin dejar de llamar, si el señor burgomaestre está ahí dentro.

—Sin duda está aquí, respondió Grandmont.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Queremos hablarle, abridnos.

—¡Oh! ¿no es otra cosa? replicó el apóstata; nadie mas que el conde tiene la llave de la puerta y voy á buscarle; tened paciencia.

Como no había nada que los tranquilizase en todo esto, los ciudadanos tuvieron paciencia como se les había pedido, mas enviando al mismo tiempo por todas las calles de la ciudad mensajeros encargados de propalar que el burgomaestre estaba en peligro.

Entonces era cuando Grandmont había ido á avisar al conde.

Aproximáronse los dos á la puerta, y Warfusée la abrió por sí mismo, hizo entrar al pariente de Larnelle y otros cuatro ciudadanos, y les preguntó qué les llevaba allí.

—Dispensadnos, señor conde, dijo el pariente del burgomaestre, pero se ha esparcido el rumor de que algunos soldados españoles se habían introducido en vuestro palacio, y en este caso hemos temido por la seguridad del burgomaestre.

—Tranquilizaos, señores, respondió Warfusée, porque soy yo mismo quien ha traído esos soldados.

—Pero ¿con qué intencion, señor conde? preguntaron los ciudadanos, porque con razon ó sin ella, ya sabeis que miramos á esos soldados como enemigos nuestros.

—Escuchad, señores, dijo Warfusée mirando en derredor suyo, y viéndose apoyado por los españoles, es preciso concluir. ¿Queréis ser franceses, españoles ú holandeses?

—Queremos ser hijos de la ciudad de Lieja, y no otra cosa, respondieron los ciudadanos.

—Pues bien, entonces, ¿qué diriais si el burgomaestre Larnelle hubiera querido venderos á los franceses?

—Diriamos, respondió el primo de Larnelle, que el que lanzase semejante acusacion contra el señor burgomaestre habria mentido!

—Pues bien, señores, dijo Warfusée escitándose cada vez mas viendo la guardia que le rodeaba, sin embargo, así es, tengo las pruebas de ello; por tanto, estais engañados.

—¿Qué queréis decir?

—Que he recibido del emperador y de S. A., monseñor Fernando, orden para castigar al traidor, y que está castigado ya.

—¿El burgomaestre está preso?

—El burgomaestre está muerto.

—¡Imposible! exclamaron los ciudadanos.

—¿Queréis verle? dijo Warfusée.

En este momento redoblaron los golpes á la puerta.

—¿Ois, caballero? dijo el primo de Larnelle, desgraciado de vos si habeis dicho la verdad, porque hé ahí la justicia del pueblo que llama á la puerta.

—Señores, señores, gritó á los de fuera uno de los ciudadanos que se encontraba en el patio y temia que antes que la puerta fuera derribada se les jugase una mala partida, señores, apaciguaos y esperad á que salgamos, os diremos todo lo que ha sucedido.

—Señores, exclamó el primo de Larnelle lanzándose á la verja que coronaba la puerta del patio, y dirigiéndose á los ciudadanos, hundí la puerta, el burgomaestre ha sido asesinado y nosotros estamos prisioneros.

Al oír estas palabras, resonó un grito terrible en la plaza, se prolongó por las calles, y volvió como un inmenso rumor, á estrellarse en la casa del conde; casi al mismo tiempo soltó la campana echada al vuelo: era el toque de rebato.

Warfusée comenzó á temblar y palidecer, porque vió que contra él y sus setenta españoles iba á caer la ciudad entera; descompúsose su rostro y espresó el mas vivo terror. Los ciudadanos se aprovecharon de aquel momento para correr hácia la puerta, pero encontraron en ella á Grandmont que cerraba su paso á fin de que nadie saliese, y estaba delante de ella, con su larga espada toda ensangrentada en las manos.

—Perdonad, señores, dijo Grandmont con su calma habitual, mas yo tengo la custodia de esta puerta, y nadie saldrá por ella sino con orden del conde.

—Señores, exclamó Warfusée aproximándose á ellos, voy á abriros, pero á condicion que me conduciereis á la presencia del burgomaestre de la Cité.

—Si, si, dijeron los ciudadanos, nos comprometemos á ello.

—¿Sin que se me haga daño alguno?

—Respondemos de vos con nuestra cabeza. Warfusée buscó en su bolsillo, sacó de él una llave, y se puso á abrir la puerta; mas en aquel momento se posó en su hombro una mano de hierro y le llevó cuatro pasos atrás; era Grandmont.

—Un instante, mi señor, dijo el apóstata, os será muy cómodo, lo creo bien, ponerlos en seguridad, y dejarme aquí para que pague por vos; mas no será así; desde este momento sois mio como yo soy vuestro, nos pertenecemos el uno al otro; nos salvaremos ó moriremos juntos.

Warfusée exhaló un suspiro, porque conocia que de cualquier manera aquel hombre era mas fuerte que él; cayó pues anonadado sobre un banco.

Grandmont fué á la puerta.

—Ahora, señores ciudadanos, les dijo, si queréis salir, salid; pero acordaos siempre que soy yo quien os abre la puerta.

Los ciudadanos, viendo abierta la puerta, se lanzaron fuera sin responder siquiera á Grandmont.

—Esto es justo, murmuró éste entre dientes, cada uno para sí.

Y aprovechándose de que el pueblo estaba ocupado alrededor de aquellos á quienes había puesto en libertad, volvió á cerrar la puerta y la atrancó con mas cuidado que antes lo estaba.

Durante un momento hubo un rumor tal,